

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo VI



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1970

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1969, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
ESTUDIOS	
La descripción del Monasterio de El Escorial, por <i>Paulo Morigi</i>	15
Madrid en las páginas de un humanista portugués, por <i>Giuseppe Carlo Rossi</i> ...	23
Juramentos de príncipes herederos en Madrid (1561-1598), por <i>María Cristina Sánchez Alonso</i>	29
Algunas noticias sobre pintores cortesanos del siglo XVII, por <i>José M.ª de Azcárate</i> .	43
Apuntes sobre acotaciones musicales en los autos de Calderón, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	63
Relación anónima del incendio del Monasterio de El Escorial en 1671, por <i>Gregorio de Andrés, O. S. A.</i>	79
Fraude en el puente de Toledo (1673-1680), por <i>M.ª del Carmen Pescador del Hoyo</i> .	85
El Palacio de Monistrol. Biografía de un mayorazgo madrileño, por <i>José María Sanz García</i>	115
Documentos sobre escritores de los siglos XVI y XVII (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	161
Algo más sobre el abastecimiento de Madrid en el siglo XVIII, por <i>Vicente Palacio Atard</i>	253
Un reglamento educativo de 1701 del Colegio de San Ildefonso, por <i>José del Corral</i> .	277
Una visión crítica del Madrid del XVIII, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	299
Noticia bibliográfica de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en el siglo XVIII, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	319
Madrid, Felipe V y los toros, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	351
Problemas de policía urbana madrileña en el pasado, por <i>José Antonio Martínez Bara</i>	375

Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en el siglo XVIII, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	385
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (Continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	397
El Instituto Español.—Sus orígenes (1838-1853), por <i>F. Zamora Lucas</i>	417
Los leones del Palacio de las Cortes, por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	441
Dos directores musicales madrileños: Ricardo Villa y Emilio Vega, por <i>José Subirá</i> .	465
Elucidario de Madrid por Ramón Gómez de la Serna (Fragmento del libro «Ramón Gómez de la Serna, en sus obras»), por <i>José Camón Aznar</i>	475
Informe sobre instalaciones deportivas municipales, por <i>Antonio Aparisi</i>	483
Pasos a desnivel y estacionamientos subterráneos en Madrid, por <i>Antonio Valdés y González Roldán</i>	493

MEMORIAS Y RECUERDOS

Noticias y anécdota de los cafés madrileños, por <i>Juan Sampelayo</i>	507
---	-----

TEXTOS

Doce relaciones poéticas de sucesos ocurridos en Madrid y su provincia en los años 1649-1687, edición de <i>José Simón Díaz</i>	531
--	-----

MATERIALES DE TRABAJO

Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	601
--	-----

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía de Madrid y su provincia, por <i>José Luis Oliva Escribano</i>	621
--	-----

DOS DIRECTORES MUSICALES MADRILEÑOS: RICARDO VILLA Y EMILIO VEGA

Por JOSÉ SUBIRÁ

PALABRAS PRELIMINARES

La norma establecida por Plutarco en sus *Vidas paralelas* regirá en la presente asociación filarmónica para trazar dos biografías; porque ambos músicos nacieron en Madrid cuando corría el mismo decenio del pasado siglo; ambos, desde su adolescencia, vivieron el arte con pasión inextinguible; ambos estudiaron Composición con el maestro don Emilio Serrano en el Conservatorio; ambos se ganaron la vida como instrumentistas al actuar ante los públicos empuñando la batuta directorial, y ambos brillarían como directores de las dos principales Bandas madrileñas, después de haber actuado Villa como director de la Orquesta del Teatro Real y de haber servido Vega muchos años como miembro de una banda militar muy prestigiosa. Se dio la particularidad de que, mientras aquél habría de ser el primer director de la Banda Municipal, el otro habría de ser el último director de la Banda del Real Cuerpo de Alabarderos. Finalmente, se puede anudar otro paralelismo al considerar que, por ser la letra V la inicial de ambos apellidos, las respectivas biografías aparecen muy próximas en los Diccionarios musicales.

I

VIDA Y OBRA DE RICARDO VILLA

Nació el 23 de octubre de 1871 y falleció en su ciudad natal el 10 de abril de 1915. El Instituto de Estudios Madrileños acogió en su colección «Temas Madrileños» (vol. IV, 1953) el folleto que le dedicó Angel Sagardía. Esas pá-

ginas ofrecen aspectos biográficos, especialmente bajo la faceta de compositor; pero da referencias muy exiguas sobre sus labores como creador y director de la Banda Municipal, y sobre esto se informará detalladamente aquí.

Esta Banda madrileña había tenido antecedentes muy precarios y muy oscuros. Data de 1836 el primer intento de su creación, debiéndose tal iniciativa al Alcalde de Madrid, marqués de Pontejos. Desde mucho antes y hasta mucho después, la Villa del Oso y del Madroño solamente contaba con músicas militares. Al constituirse la Banda de San Bernardino, la caracterizó una deficiencia suma. En atención a tal insignificancia, llegado el año de 1905 tal situación hubiera podido mejorarse, por el gran interés que tenía en ello el concejal don Ramiro de la Fuente y González Naudín, marqués de Alta Villa. Este ilustre personaje había sido tiempo atrás Secretario de la reina doña Isabel II, había viajado por varios países; era director-propietario del diario madrileño *El Resumen*, catedrático de Canto en el Conservatorio y miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Y aunque trabajó porfiadamente en pro de la creación de una Banda Municipal madrileña, falleció poco después, sin haber conseguido tan loable propósito.

Tuvo mayor fortuna en 1908 el conde de Peñalver. Ocupando entonces la Alcaldía, volvió sobre el asunto, contando con numerosos concejales, no obstante la disconformidad de algunos por estimar tal creación hartó costosa y por considerar que aquel Alcalde venía tomando amplísimas atribuciones en ese filarmónico asunto. La Banda inició su existencia bien pronto.

Desde el primer instante se puso al frente de aquel organismo Ricardo Villa, no por obra de un favoritismo censurable, sino por rendirse tributo a la justicia. Porque había desplegado Villa meritorias actividades como director de la orquesta del «regio coliseo», de tan grata memoria para cuantos, «in illo tempore», vimos allí muchas óperas, lo cual justificaba su permanente denominación «Teatro Real». También había resaltado como compositor, figurando entre sus producciones la ópera «Raimundo Lulio», representada en el fugaz Teatro Lírico; la «Rapsodia Asturiana» para violín y orquesta, que le estrenó en Pamplona el insigne violinista Pablo Sarasate; una suite de «Cantos regionales», premiada por la Sociedad de Conciertos de Madrid; el poema sinfónico «La visión de fray Martín»; unas «Escenas Montañesas» para coro de voces masculinas, y una «Misa solemne» interpretada en la iglesia madrileña de Montserrat.

Desde entonces el maestro Villa se desvivió ininterrumpidamente por esa labor, y una vez constituida con solidez y prestigio la Banda Municipal,

la elevó a un puesto relevante, lo que le granjearía un renombre jamás atenuado. Y también desde entonces hizo para el repertorio de la misma —que habría de ser bien peculiar— gran número de transcripciones. Tanto de sus tareas en tal aspecto, como de mi trato personal con este artista, guardo un recuerdo imborrable.

Disfrutando un sueldo anual de 9.000 pesetas, laboró Villa incansablemente. El 21 de mayo la Alcaldía madrileña publicó un Reglamento. Su primer artículo exponía que se había creado aquella Banda para contribuir al mayor decoro y esplendor de la capital y para proporcionar a la población tan importante elemento de solaz y de cultura popular. Los músicos solistas percibirían siete pesetas diarias; los otros profesores cobrarían seis, cinco, cuatro o tres, según su categoría. Además les alcanzarían derechos pasivos a todos. El ingreso habría de efectuarse por oposición. Como podrían contratar a la Banda otras entidades, ello aumentaría los ingresos del personal adscrito a la misma. Cuando llevaba dos años de actuaciones públicas, el Ayuntamiento dispuso que no pudiese actuar en corridas de toros, manifestaciones, kermeses, tómbolas, bailes y fiestas análogas. A los veinte años de existencia de la Banda, el ex teniente de Alcalde, don Miguel Tato y Amat, publicó un folleto cuyas páginas recogían aquella legislación municipal.

Retrocedamos aquí en el recuerdo, para exponer que una circunstancia eventual contribuyó en 1907 a que Madrid crease la Banda Municipal. Entonces el Ayuntamiento de Valencia invitó al de Madrid para que asistiese a las famosas fiestas del mes de julio. Aceptada esa invitación, los representantes del Concejo matritense admiraron los conciertos dados por algunas bandas regionales —cuya fama, por cierto, no se ha extinguido ni amenguado aún—, y por otras dos Bandas extranjeras, la de Beziers y la de la Guardia Republicana de París. ¿Por qué no habría de contar Madrid con una Banda Municipal de altura? Y decidió contar con ella. Entonces se acordó que asumiese la dirección Ricardo Villa, y que recayera la subdirección sobre un músico mayor del ejército ya jubilado. Pero el desacuerdo entre estos dos profesionales brotó al punto, pues mientras este último pretendía seguir el molde tradicional de las bandas militares españolas, quiso aquél dar mayor amplitud al organismo naciente, incluyendo en su plantilla instrumental, constituida por ochenta y ocho profesores, cuatro violonchelos y dos contrabajos de cuerda, como así llegó a efectuarse. Y muchísimo tiempo después, en 1930, se creó una plaza de arpa, recayendo la elección sobre don Nicolás Zabaleta quien, según habría de repetirse, había sido derrotado cuando opusó a una cátedra de esa enseñanza en el Conservatorio madrileño. Pasado algún tiem-

po, Zabaleta renunció a esa plaza, para emprender una carrera de concertista que le ha colocado en la cumbre, como se reconoce universalmente.

La Banda Municipal madrileña se aprestó a dar su concierto inaugural. Y, como refiere la Prensa de aquel tiempo, llevó uniformes que sorprendieron y gustaron por unir la elegancia con la sobriedad; cada uno costó 160 pesetas, incluyendo en ese importe la levita bordada, el pantalón, la gorra y una elegante banderola de cuero con vista charolada y cartera decorativa.

El concierto inaugural se verificó el día 2 de junio en el Teatro Español, hallándose allí, para solemnizarlo con su presencia, las Infantas doña Isabel y doña María Teresa y el Infante don Fernando. Abrió la sesión una «Marcha solemne» del maestro Villa y lo hubiera cerrado una «Gran Fantasía de la Walkiria» wagneriana si no se hubiese dado como propina la marcha fúnebre de «El ocaso de los dioses». Doce días después se celebró en el paseo de Recoletos el primer concierto público, inaugurándolo la sardana de la ópera «Garin», de Bretón. Tres días más tarde se dio el primer concierto popular en la plaza de Lavapiés con obras de Chapí, Fernández Caballero y Wagner, entre otros autores. Al comentarlo ingeniosamente el filarmónico y taurófilo Mariano de Cavia en un extenso artículo acogido por el diario *El Imparcial*, encabezó ese artículo con las palabras: «Entrada de los dioses en Lavapiés o La Walhalla de la Chinche», y entre sus párrafos había el que dice: «¡Gloria a Ricardo Wagner! ¡Honor a su sacerdote Ricardo Villa! Ambos Ricardos son desde hoy tan populares en Lavapiés y sus aledaños, como el propio Ricardo Torres, Bombita II.»

Siguiendo un próspero camino, la Banda Municipal madrileña triunfó en España y más allá de nuestras fronteras. Su archivo, pletórico de transcripciones, se alimentó con la de Villa y con las del subdirector don Manuel Yuste, entrañable amigo de aquél. Al correr los años hubo inevitables bajas en la dirección tras el fallecimiento de Villa; y hubo varios directores antes del actual, a saber el donostiarra Pablo Sorozábal, el gallego Manuel López Valara, el vizcaíno Jesús Arambarri y el leonés Victoriano Echevarría. Y tiempos atrás había sido director sustituto el balear José María Martín Domingo, que instrumentó para la Banda más de cincuenta partituras, y que también produjo música populachera muy difundida por entonces.

Hoy la memoria de Ricardo Villa subsiste ligada indisolublemente a la Banda Municipal de Madrid.

II

VIDA Y OBRA DE EMILIO VEGA

Nació el 23 de marzo de 1877 y falleció en su ciudad natal, ya jubilado, el 24 de abril de 1943. La dilatada e inquebrantable amistad que mantuve con él fijó tres etapas de convivencia constante cuando los dos residíamos en una misma población. Se afirmó la primera en Madrid cuando él y yo estudiábamos Composición en el Conservatorio madrileño con el operista don Emilio Serrano. Se reanudó la segunda en Ciudad Real, cuando él dirigió aquí la Banda Municipal y yo pasaba temporadas larguísimas en el hogar materno. Y se mantuvo la tercera, hasta su defunción cuando, él jubilado, me visitaba semanalmente y recordaba episodios biográficos de su juventud y de su madurez. Porque toda su vida fue un infatigable cultivador del Arte musical bajo el doble aspecto de director y de didáctico aun sin contar sus obras originales, algunas en verdad meritísimas.

Algo se insinuó sobre su vida en las «Palabras preliminares» del presente artículo, y ampliaremos ahora esas noticias. Vega había estudiado Armonía con don Juan Cantó, de quien yo también fui discípulo. Durante diez años sirvió en el Regimiento de León como músico de primera. En vano hizo siete oposiciones a Músico Mayor del Ejército no obstante su valía, pero se le consideró el mejor músico de cuantos tocaban el clarinete allí. Durante las estivales ferias de Ciudad Real, se contó en 1905, para mayor atracción, con la Banda del Regimiento de León, cuyo coronel era un manchego ilustre: aquel General Aguilera que tanto habría de distinguirse en Africa después. Por hallarse de vacaciones el Músico Mayor, empuñó la batuta don Emilio Vega, causando la admiración general por su arte y su estilo. Vacante poco después la dirección de la Banda Municipal, el Ayuntamiento le ofreció ese cargo. Lo aceptó al punto, y sería en Ciudad Real, precisamente, donde se familiarizó con el más selecto repertorio de la música de cámara. ¿Cómo fue posible tal cosa? La refirió muchos años después el bibliotecario del Conservatorio y futuro Académico de Bellas Artes don Julio Gómez al dedicarle un artículo en la revista madrileña *Harmonía*. Resumiré sus palabras el siguiente párrafo.

Aunque parezca inverosímil, en Ciudad Real estaba constituida una «camerata manchega», encabezándola el ingeniero de Montes don Mariano Gallejo, que había estudiado con Monasterio en Madrid. El tañía el violín primorosamente y tres hijos suyos tañían, respectivamente, el violín, la viola y el violonchelo. También formaban parte de aquel cenáculo el sapientísimo maestro de capilla de la Catedral don Nicolás Fernández Arias, el poeta mon-

tañés don Luis Barreda, que habría de ser Académico Correspondiente de la Real Academia Española, y el firmante de este artículo, que había terminado en el Conservatorio madrileño los estudios de piano y composición. Contábase allí con un piano, un armonio y un vastísimo repertorio de música de cámara. Y se ejecutaban casi diariamente, para íntimo solaz de aquellos practicantes filarmónicos, obras muy diversas de alto valor todas. En los dos años que Vega dirigió aquella Banda, asistió con entusiasmo a las reuniones de la «camerata manchega», pudiendo conocer entonces la casi totalidad de clásicos y románticos: Bach, Haendel, Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Schubert, Schumann, y también obras de notables compositores modernos.

En Ciudad Real organizó Vega unas series de conciertos con su Banda, que sólo disponía de 33 ejecutantes, y en sus programas incluyó obras de Beethoven, Mendelssohn, Tchaikowsky, además de los preludios de «Lohengrin» y de «Parsifal», entre otras producciones valiosísimas. Todo eso, en aquellos tiempos y en aquel ambiente, parecería inverosímil.

En el mes de enero de 1907, obtuvo Emilio Vega la plaza de director de la Banda Municipal de Valencia. En unas oposiciones reñidas cual pocas, sobresalieron todos sus ejercicios, y de un modo muy particular su disertación, que duró cerca de dos horas, y que versaba sobre los distintos géneros musicales, compositores más notables, y el autor de sus preferencias, que era Wagner, cosa bien comprensible a la sazón. Al darme cuenta epistolar de su triunfo, reprodujo el siguiente párrafo epilodal de su disertación, que él calificó de «parrafada», y que dice así: «Por la extensión que he concedido a uno de los autores alemanes, a Wagner, habréis comprendido cuál es el de mi predilección. Es este cíclope del sonido, del ritmo y del timbre, cuya obra gigantesca perdurará incommovible a través de todas las transformaciones y evoluciones que se realicen en el Arte, como perduran las pétreas pirámides del desierto que hace más de cuarenta siglos contemplan la marcha de la Humanidad.» A lo cual añadió ese documento epistolar unas palabras que no sin rubor transcribo aquí: «De modo que ya sabe el resultado, al cual usted ha contribuido con sus noticias artísticas y con sus libros casi exóticos.» Esta carta fue escrita en Ciudad Real, adonde Vega marchó para levantar la casa que habría de establecer en Valencia, y yo residía en Madrid.

Cuatro años permaneció en la ciudad del Turia, y al frente de su Banda Municipal se granjeó triunfos tanto allí como en otras ciudades que la solicitaron y acogieron con entusiasmo. Sin embargo, la mala fe y la peor envidia le amargaron lo indecible, azuzadas por luchas políticas tenaces.

Al quedar vacante la plaza directorial de la Banda del Real Cuerpo de Alabarderos, por haber presentado la dimisión don Bartolomé Pérez Casas

cuando obtuvo una cátedra de Armonía en el Conservatorio, acudió Vega con todo el bagaje de su cultura y de su experiencia a las oposiciones subsiguientes, y obtuvo tan preciado puesto en abril de 1911. ¿Quién habían sido sus antecesores? Lo exponéremos sucintamente, por tratarse de algo relacionado con la vida musical madrileña y casi desconocido en la actualidad.

Esa Banda palatina se constituyó al reorganizarse el Cuerpo de Alabarderos el 19 de enero de 1875, integrándola 32 profesores, cifra que se elevó muy pronto a 40; en el año 1927 se ampliaría hasta 60, y posteriormente su plantilla tuvo un director, un subdirector, 64 profesores y 4 ordenanzas. Todos los profesores ingresaban por oposición, tenían igual categoría militar y los mismos sueldos. Eran Alféreces durante los diez primeros años y tenientes durante otros doce, al cabo de los cuales ascendían al grado de capitán. Cuatro directores antecedieron a Vega. Fue el primero don Martín Elespuro, un discípulo de Arrieta, que obtuvo medalla de oro en los concursos públicos del Conservatorio y que en un certamen celebrado en Ferrol el año 1879 obtuvo el primer premio por una marcha militar cuyo lema era «In medium consistit Virtus». Fue el segundo don Eduardo López Juarranz; discípulo de Arrieta, alcanzó otra medalla de oro; le otorgaron una medalla de oro en concurso público, durante las fiestas del centenario de Calderón por su pasodoble «¡Viva mi tierra!», y hoy conserva una lozanía juvenil su pasodoble «La Giralda». Fue el tercero don Bartolomé Pérez Casas, cuyo mérito como creador y director de la Orquesta Filarmónica y después de la Nacional, lo recuerdan todos los amantes de la música española. Y fue el cuarto y último don Emilio Vega.

Capitaneando Vega aquella Banda —que al cambiar el régimen sustituyó su primitivo nombre por el de Banda Republicana— permaneció más de veinte años al frente de la misma, ejerciendo el cargo con dignidad suma para el arte y nobleza absoluta para el ideal. Hizo numerosísimas transcripciones; sumó a los instrumentos de metal y de percusión cuatro violonchelos, dos contrabajos y, eventualmente, adicionó más instrumentos de cuerda y un piano para la ejecución de ciertas obras; celebró conciertos memorables en diversas poblaciones, cual aquellos de París en 1933. Como compositor, las dos Orquestas madrileñas —la Sinfónica de Arbós y la Filarmónica de Pérez Casas— incluyeron en sus programas sus «Rapsodias de la Mancha», acogidas siempre con aplausos calurosos. Transcrita esta producción para gran Banda, también la incluyeron en sus repertorios notables corporaciones de tal naturaleza, y al frente de la Banda Municipal de Barcelona su director inolvidable, don Juan Lamote de Grignón, la paseó triunfalmente por varias poblaciones germánicas.

Al restablecerse la paz tras una dolorosa contienda civil fue suprimida la Banda que venía dirigiendo Vega, y al quedar éste jubilado, no se mantuvo ocioso, porque presidió la Asociación de Directores de Bandas de Música españolas y se entregó apasionadamente a labores para formar futuros directores muy dignos de todo respeto.

Venía por entonces mucho, muchísimo, a mi hogar, y me hizo su postrera visita el 2 de abril de 1943, día de su fiesta onomástica. No pudo volver por impedírselo la enfermedad que habría de llevarle a la tumba el día 24 de aquel mes, que era sábado de gloria. Y el domingo de Resurrección, por la tarde, tuve la pena de presenciar su sepelio bajo un esplendente cielo primaveral, unido al dolor con otros amigos suyos.

Hoy la memoria de Emilio Vega subsiste ligada indisolublemente a la Banda de Alabarderos o Banda Republicana madrileña.

EPILOGO

Villa y Vega fueron dos amigos cordiales en grado sumo. Cuando se encontraban en Madrid, charlaban en el terreno de la amistad; cuando alguno se ausentaba, el mensaje epistolar sustituía a la palabra sonora. Merced a esto último, hay testimonio fehaciente de que Vega cultivó la poesía en la intimidad, como lo comprueba la carta que durante un veraneo en tierras levantinas dirigió a su gran colega y cuya copia guarda mi archivo. Léase, para terminar, un fragmento de este autógrafo, por cuanto evoca madrileños ambientes:

Recibí con vivísima alegría
su amable carta toda cortesía,
a la cual sin tardanza correspondo
mandándole un cordial afecto hondo.

Las noticias que atento usted me ofrece
son tales, que por ellas se merece
mil gracias, queridísimo colega,
y las da su devoto amigo Vega.

No me gaste usted chungas, don Ricardo,
ni de ironías use el sutil dardo,
llamando a esta ciudad bella y hermosa
y uniendo el adjetivo de ardorosa.

¿Que el calor no hay aquí quien lo soporte?
¡Ni que fuera Siberia nuestra corte!

Desde aquí me figuro el gran verano
que a la sombra y frescura de sus tiestos
habrá pasado usted, siempre en la mano
el botijo y aspirando los digestos
perfumes que se huelen en su calle,
que entre el ígneo asfalto, la merluza
disoluta y el vaho de la gentuza
hace de aquello un delicioso valle.

No se burle usted, pues, mortal feliz,
que ya por sudorífica experiencia
sabe que si el estío, aquí en Valencia,
fríe a uno, también el de *Madriz*.

Mas no pasé yo aquí mis vacaciones,
porque hallé entre los montes un remanso
donde dar al espíritu descanso
y al cuerpo saludables sensaciones.

Estuve mes y medio en Portaceli,
lugar ameno, bello y pintoresco,
de panoramas dignos de una *pelí*
encantador, alegre, sano y fresco.

La sangre se ve allí fortalecida
al saltar por los riscos y las matas.
Allí se hace una venturosa vida
en mangas de camisa y alpargatas.

... ..

Lamento que no haya ido con su Banda
a Ciudad Real y a base de parranda,
pero en compensación de esos dos males
bien gozó usted en los cálidos Madriles
sirviendo los designios concejiles
en verbenas, Retiro o en Rosales,
al distraer los ocios horteriles
en las castizas noches estivales.
Y termino envidiándole la magra
que se ha comido usted con su consorte
(c.p.b.) por el fresco Norte
dándose una vida alegre y agra-
dable. *Coda*. Atento le saluda
y pide excuse toda frase ruda
su adm. ...

Así concluía el autógrafo de la copia que conservaba Vega al morir y que un sobrino suyo, profesor de la Banda Municipal madrileña, me proporcionó, en unión de otros documentos relacionados con la vida de aquel artista ilustre. Y aquí termina ya este cordial recordatorio que me hizo revivir lejanísimos años de mi juventud y de mi madurez.